



Instituto del Campo Freudiano en España  
RED de FORMACIÓN CONTINUADA en CLÍNICA PSICOANALÍTICA

BARCELONA•MADRID•VALENCIA•BILBAO•GALICIA•GRANADA•MÁLAGA•SEVILLA•ZARAGOZA•CASTILLA LEÓN

## LA CAUSA DE LA “FORMACIÓN” ANALÍTICA

Araceli Fuentes (Madrid)

Muchos, empezando por el propio Lacan, han subrayado lo inconveniente del término formación en nuestro campo, tanto por las connotaciones imaginarias que conlleva la “forma” como por la idea que subyace en él de que la formación procedería por identificación al que forma. No obstante, como aún no hemos logrado sustituirlo por otro más adecuado, cuando lo usamos tomamos la precaución de entrecomillarlo, lo que pone de relieve nuestra incomodidad y nuestra reserva al respecto.

La palabra formación nos evoca el saber casi de inmediato, tanto el saber textual como “el saber hacer” propio de los oficios. Pero, a diferencia de estas formaciones en las que el saber está constituido de antemano y es externo al sujeto, en la formación del psicoanalista el saber que está en juego, el saber inconsciente, es un saber que ha de producirse en la propia experiencia.

“La formación del psicoanalista” tiene la particularidad de ser una formación que se lleva a cabo en una experiencia en la que, el que entra, lo hace a partir de algo que no funciona en él, de algo que cojea, de algo en lo que está embrollado, en resumen, de su síntoma. Podríamos decir que para formarse como psicoanalista es imprescindible que algo no vaya bien, es necesario tener un síntoma.

He tomado la famosa frase de Lacan en el seminario XI: “No hay causa sino de lo que cojea”, para aplicarla a la formación: “no hay formación del analista sino a partir de lo que cojea”. Lo que entiendo como que el analista no puede formarse sino a partir de su confrontación con algo en lo que se ha embrollado, independientemente de que este embrollo se haya producido en su vida cotidiana, en su práctica privada, en su práctica institucional o en el CPCT.

En consecuencia se puede decir que hay efectos de formación si aquello que se nos revela en la práctica, como defecto o como falla, nos empuja a buscar, en el propio análisis o en el control, con el fin de poder interrogar nuestro embrollo subjetivo.

Sin embargo el hecho de que no podamos pensar “la formación del psicoanalista” más que a partir de lo que no anda, de lo que cojea, no es para eliminar la cojera ni la dificultad de andar, como se podría creer.

Por supuesto que los analizantes también nos formamos en el saber textual del psicoanálisis, sin duda. En nuestro caso sería una estupidez no tener en cuenta el saber que se enseña en los institutos de psicoanálisis, del que además algunos de nosotros somos docentes, a título de analizantes. Del mismo modo que también sería estúpido olvidar que “en todo saber hay, una vez constituido, una dimensión de error, que consiste en olvidar la función creadora de la verdad en su forma naciente.

Vaya y pase, (dice Lacan en el Seminario II, P.36), que se olvide la función creadora de la verdad en el dominio experimental, ya que éste se encuentra asociado a actividades puramente operativas. Pero no podemos olvidarlo nosotros, analistas, que trabajamos en la dimensión de esa verdad en estado naciente.”

La fuente del saber en psicoanálisis es la verdad en su estado naciente, pues aunque hay una dimensión del saber que es del orden de la consecuencia no es esta la dimensión esencial del mismo.

Que mejor ejemplo podemos encontrar que la interpretación, la interpretación que en su fase más profunda, es del orden de la opinión verdadera, del orden del momento oportuno y no del orden de la deducción, ni de la episteme.

“Basta con haber sido analizado, analista, para poder apreciar que la interpretación es un decir en la ocasión, en el momento oportuno, Kairós es la palabra griega que expresa esta idea. Lo que implica que la “formación del analista” culmina con el espíritu de a propos. Se trata entonces de producir a alguien con suficiente juicio y discernimiento, como para que ser capaz de hacer la apreciación conveniente al caso tal como éste se presenta.” (Jacques Alain Miller, La orientación lacaniana III, (Le désenchantement de la psychanalyse) noviembre de 2001.)

El saber adquirido por el psicoanalista es un saber del que tiene que saber prescindir como condición para que pueda surgir la sorpresa, lo aleatorio, la contingencia a través de la cual podemos dar lugar a lo real como lo imposible de preveer y como lo imposible de saber de antemano.

La pasión por la ignorancia es una pasión necesaria en nuestro campo, una pasión que estructura la experiencia analítica, lo que no nos exime de la necesidad de saber sobre la estructura tanto como sobre el resorte de la acción del analista en ella.

La doctrina de Lacan sobre la formación se sitúa entre estos dos polos: por una parte saber olvidar lo que se sabe, por otra una exigencia inmensa de saber hacer con lo real en juego en la experiencia.

Por otro lado el saber que se produce en la experiencia analítica es un saber que vale lo que cuesta, que se adquiere a expensas del sujeto y que para adquirirlo éste debe pagar su precio en goce. Es decir un saber que excluye cualquier tipo de pedagogía.

Además es un saber que no vale para autorizarse a sí mismo sino en la medida en que se ha hecho la experiencia de su límite, de su impotencia.

Pensamos que el análisis hace más sabios a los sujetos porque al final se ha podido despejar la doble respuesta al enigma del deseo y el sujeto sabe cual es su causa. El pase tal como lo concibió Lacan en el 67 fue pensado para que los que habían llevado su análisis hasta su término pudieran testimoniar de eso que habían llegado a saber. Creo que esto continua siendo válido.

Sin embargo, el saber, como saber articulado, como saber producido en análisis, como saber inconsciente, entendiendo la estructura del inconsciente como una estructura de lenguaje, sufre en la última enseñanza de Lacan una devaluación cuando concibe lo real como un real sin ley. A partir de ese momento el saber tiene estatuto de elucubración, de verdad mentirosa, y el lenguaje pasa a ser una elucubración de saber sobre el lenguaje.

La última enseñanza de Lacan comienza con la criba entre los elementos primordiales de el lenguaje, elementos azarosos, contingentes y fuera del sentido y su posterior estructuración y significación, la que permite que puedan ser tomados en la trama del sentido organizado. Estamos aquí ante una nueva concepción del inconsciente que es la del inconsciente real, un inconsciente por fuera del sentido.

Esto implica un cambio en la práctica analítica, tal como nos lo muestra JA Miller en su último curso “Cosas de finura en psicoanálisis”, un cambio que consiste en ir de la trama del destino del sujeto cargada de sentido, a los elementos primordiales de el lenguaje, elementos separados, contingentes, que están por fuera del sentido y de la articulación.

Esta nueva orientación hacia la singularidad que se encarna en el sinthome, no impide que se descifre el inconsciente sino que esta exploración encuentra necesariamente un tope porque el desciframiento se detiene en el fuera de sentido del goce.

Como dice JA Miller, siguiendo a Lacan cuando éste, a su vez, se deja guiar por Joyce, si hay una práctica post-joyciana del psicoanálisis esta apuntaría a restituir en su desnudez y en su fulgor los azares que nos han llevado de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, azares a los que hemos dado sentido recubriéndolos con la trama del destino, la herencia de la familia o el personaje idealizado.

A partir de este cambio de orientación que consiste en pensar el inconsciente a partir del goce y no al revés, la experiencia de un análisis implica construir una ficción y ese es el sentido de la introducción del SsS, pero al mismo tiempo es una experiencia que consiste en deshacer esa ficción, no es el triunfo de la ficción de lo que se trata sino más bien de la puesta a prueba de su impotencia para reabsorber la opacidad de lo real.

De ello se deduce que el analista sería alguien a quien su análisis le habría permitido demostrar la imposibilidad de la hystorización y podría por ello testimoniar de la verdad mentirosa cerniendo la separación que hay entre verdad y real.

El hecho de que la práctica en los CPCT haya servido para una puesta a punto de la clínica del sinthome, en los casos de psicosis ordinaria, podría ser la oportunidad para poner en tensión lo que puede funcionar como sinthome en los sujetos psicóticos con lo que queda como resto sintomático e incurable al final de un análisis. Lo traigo como una propuesta de formación.